

—¿Y tus cabellos? ¿Qué me dices de tus cabellos? Apuesto á que Antoñita no te ha pedido un mechoncito.

—Déjale, mujer, que vas á fastidiarle.

—¡Fastidiarle! Tú no le conoces. Si le gusta mucho...

—Ni tanto. Eres una *soeur* más guapa, más seductora, más...

—Oye, ¿pero qué es eso de *soeur*?

—Una palabra francesa.

—¡Oígal! ¿Aprendes el francés?

—No lo aprendo, lo pesco: Ahora fué un *monsieur* á la notaría con el fin de arreglar un testamento.

Una carcajada de Lena estalló. La hacía gracia que un empleado hablara una m'aja de lengua tan rara y tan *chic*. Linares, hecho unas pascuas con el efecto de sus frases, pretendió cogerla por los brazos: mas la chica retrocedió á tiempo, exclamando con voz entrecortada por la risa:

—Pues yo te lo digo en castellano puro: eres más feo que un disgusto después del desayuno.

—Y tú, preciosa.

—¡Horrendo!

—¡Encantadoral

Y ambos, á manera de bebés, correteaban

en torno de la mesa, riendo locamente. Eugenio perseguía á Lena; ella le esquivaba con felina ligereza. Caían las sillas; temblaba la pobre vajilla en el aparador; la leche que llenaba una copa hasta los bordes, se derramaba, desliziéndose en delgado hilillo de fulgores opalinos. El gato que dormitaba en un rincón, huyó asustado, gruñendo sordamente. Y el comedorcito trepidaba, sin que por ello los mozos cesaran de corretear, agitados, sudorosos. Antoñita se había puesto en pie, procurando calmarlos; mas convencida de la inutilidad del esfuerzo, rió también.

De súbito, dominando la baránda, oyóse un grito ronco, áspero. Estéfana, desde el umbral de la cocina, les miraba con irritación.

—Niña Magdalena, ¿es que usted se ha vuelto loca?

Pero la interpelada no pudo responder. Observó que Linares estaba á un paso, dispuesto á alcanzarla, y tornó á huir. Una silla caída interrumpió el paso; brincó, y á la luz tenue de la vela, Eugenio pudo ver, como una visión rápida, las piernas regordetas, bien modeladas de ella, cubiertas por negra media.

No avanzó ya; quedóse extático, alelado.

Estéfana repetía rabiosa:

—Es una tontería. Debería portarse usted de modo más decente.

—Déjame, Estéfana. Como tú no eres muchacha...

Iba á proseguir la reyerta, cuando Linares, serenado ya, se interpuso.

—Vaya, mi querida Estéfana, para dulces, —dijo, sacando del bolsillo una peseta reluciente.

La maritornes titubeó en aceptarla. Su honradez acrisolada se lo prohibía. Pero vino á su recuerdo el escondite aquel de que tanto se hablaba en la vecindad; el tesoro amasado en años de trabajo rudo, de faenas bestiales, y tendió la mano. El señorito Eugenio era muy bueno; ella le agradecía semejante prueba de amistad.

—Bien, felices noches, Estéfana.

Y la vieja giró sobre sus talones, cerrando la puerta.

Tornaron á ocupar sus asientos. Lena y Eugenio, con la faz roja, todavía reían. Antoinita sonreía, silenciosa.

Al fin dijo:

—Creo escuchar á mamá. ¿No se habrá despertado?

Lena replicó, riendo como antes. ¡Qué

había de despertarse! Dormía á pierna suelta la pobre.—Y era verdad. La viuda de Fernández nunca estaba presente durante las entrevistas de los novios. Con discreción suma escurríase camino de su recámara, echándose al cabo, con el magín perturbado por los preparativos religiosos del día siguiente. Linares gozaba de absoluta libertad, y en el comedor se hubiese amanecido, si la novia, con su previsión de ama de casa, no le despidiera.—Noche á noche charlaban allí, en el cuarto refrescado por los aires de fuera, y en cuyo ambiente percibíase un suave olorcillo á heliotropo, el perfume predilecto de la chiquilla. El palique duraba de diez á doce, sin que alguno de los tres diera muestras de fastidio. Eugenio bromeaba; Lena reía, y la amada, con un delicioso equilibrio de mujer fuerte, no abandonaba nunca su natural apacible y callado, aquella actitud de resignada tristeza que la hacía más seductora. A veces, el galán llevaba los bolsillos repletos de bombones comprados de paso en alguna dulcería de Platoros. Era de ver entonces la alegría de Lena. Saltaba en torno de él como niña traviesa, le registraba para convencerse de que no traía más, y le hubiera besado de buena

gana á no oponerse á ello los respetos sociales y la presencia de la hermanita mayor.— Tales demostraciones, naturalmente, agradaban sobremedera al chico. Un cucurucho azul, rebotante de confituras, estaba pagado de sobra con los chistes de Lena y la mirada de Antoñita. Sentía que su cariño por ambas jóvenes crecía, bien que á ésta la quisiera con adoración y por la otra experimentase una atracción que él no se habría atrevido á llamar fraternal, puesto que yacía confusa, nunca analizada, allá en lo recóndito de su alma, en la cual no osó penetrar jamás, ya por su escasa afición á esas profundidades, ó acaso porque su curiosidad dormida para observar á los demás, lo estaba con mayor razón para escudriñarse á sí propio.

Ocasión hubo en que echara la casa por la ventana. El día del cumpleaños de Antoñita, fiesta no celebrada en los anales de la familia, entró en el comedor como tromba, cargado de paquetes, que deshizo sobre la mesa, escuchando con embeleso los gritos de júbilo de la pequeña y las frases de agradecimiento de su novia. Allí había de todo: jamón, pasteles de crema, pastas exóticas, frutas secas, y hasta una botella de excelente Chambertin, vinillo que le había

enamorado de días atrás, desde que lo probó en una comida dada por Urizar el día que recibiera la mensualidad. Se improvisó alegre banquete. Lena opinó que no se despertase á doña Pepa y á Alberto, que había llegado en triste condición momentos antes. Y para colmo de alegrías, Antoñita tuvo un capricho, uno de los raros caprichos de su vida burguesa: que cenaran en la azotea, junto á los rosales y bajo la luz alba de la luna.

Aun tenían vivo recuerdo de la cena. Aquella noche misma, Lena, al ver que Linares alineaba sobre el mantel las migas esparcidas, formando extrañas figuras, acordóse del cumpleaños.

—Oye, Eugenio, ¿y cuándo repetimos el banquete? Era tan bueno el Chamber-tin....

Antoñita se animó, saliendo de su mutismo.

—¡Qué preciosa noche! Estábamos tan contentos....

Y los tres hacían reminiscencias, se contaban impresiones, cuando dieron las doce. La costurera se puso en pie, y su hermana murmuró:

—¿Ya, tan pronto? ¡Qué lástima! No tengo sueño.

—Es hora, Lena, vé á tu cama.

—¡Ah, sí, me voy; ha llegado el momento de los secretos!

Y mientras ella corría á su cuarto, los enamorados salían del comedor. Era aquel el único instante en que permanecían solos, en que se entregaban al placer de amarse rodeados de la soledad. Y el corto trayecto que mediaba entre la puerta y la escalera, lo recorrían paso á paso, deteniéndose, pretendiendo engañarse uno á otro. Brillante polvo de luz iluminaba los muros ennegrecidos por la humedad; las macetas en donde las rosas florecían en el ambiente tibio de junio; la entrada de la escalera, el negro agujero en donde languidecía la llama casi extinguida del farolillo, que dibujaba en el suelo fantásticas manchas de tinte pálido. Ni un rumor, ni un murmullo. Sólo se oía, allá abajo, el gotear de la fuente y la melodía extraña, incomprendible, del aire que chocaba contra las paredes, colándose por entre las grietas del caserón. Y todo lo cubría un cielo de azul claro, un cielo límpido del cual se destacaban, como perdidos en el infinito, centenares de puntos luminosos. El silencio y la noche eran propicios al amor de Antoñita, amor tranquilo, con un poquitín de en-

sueño, de sencilla poesía. Su charla era entrecortada, casi un mutismo apenas interrumpido por monosílabos y palabras.

Detuviéronse ante el farol. Ella, con la cabeza baja, respondía á las frases de su novio, quien aún estaba alegre, recordando las chiquillerías de Lena. Pero Linares calló. Con la punta de los dedos hubo de levantar el rostro de la muchacha, en el que se pintaba leve sufrimiento.

—¿Qué tienes Antoñita? ¿Estás triste?

No respondió. El mozo la miraba: su cara bañábase en luz inquieta; los ojos aparecían anublados por las lágrimas. Tornó á interrogarla con insistencia, sin comprender aquella angustia, hasta que Antoñita, con voz entrecortada, hubo de contarle lo sucedido. Lena no quería trabajar, rechazaba todo lo que podía servir de base á un futuro honrado y dichoso. ¿Y por qué? Porque era cursi, indigno de una señorita decente, como si la decencia residiese en la pereza y en el deseo de boato.

—Y ya lo has observado tú, Eugenio. Ahora mismo había echado ya en olvido ese asunto; reía como si tal cosa.

—¿Y por eso te afliges, tonta? Lena es una chiquilla incapaz de tales seriedades; no

nació para el trabajo. Déjala, déjala; al cabo todas encuentran acomodo en el mundo.

No comprendía la obstinación de su novia. Lena era para él la muchacha guapa, de picaresca travésura, de atrevida mirada y provocativos andares. No acertó nunca á ver en ella á la mocetona de casa, laboriosa y dulce, enamorada de la faena y cuidadosa de la hacienda. Lena era Lena; jamás sería Antoñita. Y Linares no se dió cuenta de que sus palabras de aquel instante obedecían á un impulso interno, al deseo de guardar á la chiquilla para sí, de tenerla en el hogar de su novia en donde todo adquiriría un extraño regocijo en cuanto le animaba el reír de Lena.

—Hasta tú, hasta tú piensas como ellos. Yo no sé, Eugenio, pero, ó nadie me comprende, ó el que me comprende finge lo contrario. Es muy cruel... Y...

Lloró. Su llanto no alteraba el mutismo de la noche; era tan callado, tan tranquilo con o ella. Linares la cogió las manos y á punto estuvo de besarla en la frente.

—Pero, Antoñita...

—Todos dicen lo que tú; sin embargo, no lo creo, porque me parece adivinar algo muy triste...

Y su acento al revelar el presentimiento que la torturaba, tenía una profunda melancolía. Miraba de cara al porvenir veía á Alberto perdido; á su pobre madre, anciana y sin fuerzas, arrastrando su vejez por los templos; el hogar vacío, convertido en ruinas, desolado. La única manera de evitar la catástrofe era encaminar á la chiquilla por la buena senda; la salvación estaba en ella. — Y Linares, al enterarse de estos pensamientos, que le confiara con mil reticencias Antoñita, sonrió incrédulo:

—¿Pero no estás tú aquí, para remediarlo todo?

La muchacha hizo un gesto de desesperanza. ¿Ella? ¿De qué servía? ¿Acaso sabía que viviría siempre? Y entonces, en voz baja, en un murmullo que brotaba débilmente, le dijo al oído un secreto que había callado hasta aquella noche.

—Es que tú ignoras que quizá moriré joven... Aunque nadie me lo ha dicho, yo me creo condenada. ¿Sabes? Mi padre y mi abuela padecieron del corazón...

Pareció como que un soplo trágico turbaba por primera vez la plácida dulzura de sus amoríos. Era la muerte que pasaba. Y los dos, callados, inmóviles, bajo la claridad

indecisa, cerraron los ojos. En lo alto, la noche lucía, iluminada por los vagos fulgores de los astros; y empezaba á soplar el airecillo de la mañana, que movía las hojas. Lirres soarió al fin, cogió los brazos delgaduchos de Antoñita, y la dijo, con acento que en vano pretendía disimular el miedo:

—¿Enferma tú, Antoñita? ¿Pero quién te ha contado esas cosas? Si estás mejor que nunca, mujer: fresca, llena de salud y de vida.

La muchacha movió la cabeza. Y no dijo nada: se limitó á mirarle largamente, con una mirada dolorosa. Y hasta entonces Eugenio se dió cuenta de lo que había observado: Antoñita estaba más pálida que antes; sus ojos aparecían rodeados de amplias ojeras; sus labios habían perdido lo que meses hacía tuvieran de semejanza con las rosas. Era el declinar lento, la fatiga abrumando a aquel pobre sér del cual no conocía el drama, el drama torturador y angustioso, la tremenda lucha por la vida emprendida para librar del abismo á la turba de parásitos que la rodeaban, por aquella niña tan endeble, tan indefensa.—Y comprendió que estaba paliducha y desmedrada; mas su penetración mediocre no pudo adivinar tras de aquel rostro lívido, tras de aquel cuerpecito que se inclinaba, las

roches pasadas en claro, los días que transcurrían monótonos, eternamente iguales, ante el trepidar de la máquina; las privaciones sin cuento; los sufrimientos; la existencia toda de Antoñita, alumbrada apenas por un rayo de amor en la noche sombría. El insistió en lo que afirmara, á pesar de todo, con el mudo egoísmo de la gente feliz que no gusta de ver en torno negruras que la amarguen.

¡Antoñita estaba buena! ¿A qué venían las tonterías de enfermedades hereditarias? No tenían razón de ser tales preocupaciones máxime cuando quizás en tiempo cercano se casarían y serían uno de otro, y se consagrarían por entero á su amor.

Con gesto amable, habló del porvenir, de los ensueños que en sus días de pobreza le preocupaban tanto, y de los cuales apenas si se acordaba hoy, entregado á su diaria labor, á sus placeres de empleadillo, al cultivo de aquel noviazgo que era, en realidad, motivo de solaz antes que de preocupación seria. Serían esposos, sí: tendrían su casita muy pequeña y muy hermosa, con muebles y flores del gusto de ella; tendrían su nido.

—¿Quieres, monona? ¿Verdad que te agrada?

La moza no contestó. Una sonrisa la animaba; pero era la suya una sonrisa que nada decía. Por lo mismo, el chico hubo de repetir sus palabras.

—¡Cómo no! Me agradaría mucho,—repuso, apretándole las manos, sin que la tristeza de su rostro se desvaneciera.

Linares rió, ya contento, ya libre de las trabas odiosas del dolor. Lanzado á una charla pueril, la contó sus proyectos, le habló de sus amigos, de sus paseos. La notaría marchaba perfectamente; Conti formaba proyectos periodísticos á los que pensaba asociarle; Urizar, por el contrario, en nada creía. Y en su charla insubstancial advertíase el deseo inconsciente de disipar de su alma refractaria á la pena toda sombra de amargura; de apartar á su novia de la tristeza, de tornarla alegre para hacerla más deseable.

Biñóse el oriente en los vagos resplandores del amanecer. Una pincelada larga de lila rosa se destacó del azul, más allá de la ciudad dormida, en tanto que en el espacio brillaban todavía las estrellas, con fulgor tenue.

—¡Caramba! Amanece ya. Mañana no me levanto, de seguro, niña mía.

Y cogió las manos de su novia, despidiéndole.

dose. Al advertir que Antoñita continuaba con la frente inclinada, dijo:

—Adiós, chiquilla. Y que no te entristezcas más, ¿eh? Todo tiene remedio en este mundo; que si no lo tuviera, estaríamos lucidos.

Y se alejó riendo.—La muchacha escuchó el resonar de sus pasos en la estrecha escalera, cada vez más amortiguados por la distancia. Al fin, dejó de oírlos hasta que de nuevo los percibió abajo, en el embaldosado del patio.—El chirriar de la puerta del cuarto de su prometido llegó hasta ella. Después, el silencio volvió á reinar, interrumpido por el gotear de la fuente y los ruidos débiles del alba. No se movía de allí. Una obsesión apoderábase de su mente, y pálida, como a lormecida, estrujaba en sus manos el pañuelo. Al cabo se fué, camino de la casa, deteniéndose á cada instante.

La luz de la lamparilla habíase consumido; en el comedor penetraba la claridad indecisa de la aurora. Echó el cerrojo. Avanzando en la obscuridad, sentóse, reclinándose sobre la mesa, sin ruido, cual si no quisiera turbar el sueño de los otros. Sentía una angustia que la oprimía el pecho, á go que se anudaba en su garganta, sofocándola. Y llevándose las manos á los ojos, lloró.